

ESTEBAN MERCATANTE  
MARTÍN NODA



## GRADUALISMO Y CATASTROFISMO

Desde hace un año venimos participando en un debate de gran relevancia para la estrategia revolucionaria: sobre la naturaleza e importancia de las crisis económicas del capitalismo y sobre la vigencia de la caracterización de la época como de “crisis, guerras y revoluciones”<sup>1</sup>. El desarrollo de este debate llevó a Katz a profundizar una visión opuesta a la perspectiva de grandes convulsiones en el horizonte del capitalismo, y destacar su capacidad de recuperación ante las crisis. Mientras tanto Rieznik, luego de nuestras críticas, ha tenido que matizar sus postulados catastrofistas iniciales, para poder responder más seriamente a los planteos de Katz.

Pero a pesar de la mayor clarificación de las ideas, nuestros polemistas se siguen moviendo en un terreno abstracto. No dan un mayor fundamento teórico de los puntos en debate ni tampoco profundizan en el análisis sobre las novedades del capitalismo para sopesar los alcances y límites de estos cambios. En este artículo volvemos a intervenir en la polémica, intentando desarrollar estos aspectos.

### CLAUDIO KATZ: UN DOGMÁTICO DEL GRADUALISMO

Para justificar su “estrategia socialista” como la única alternativa para superar el capitalismo, Claudio Katz necesita transformar en grotesco las posiciones del socialismo revolucionario. Por eso no discute seriamente

1. Ver: Rieznik, “En defensa del catastrofismo” en *En defensa del marxismo* N° 34, diciembre 2006 y “Catástrofe, forma y contenido” en *En defensa del marxismo* N° 35, marzo 2008; Mercatante y Noda, “Entre el escepticismo y la catástrofe inminente”, *Lucha de Clases* N° 7, junio 2007; Katz, “Pasado y presente del reformismo”, *Herramienta* N° 32, junio 2006,

ninguno de nuestros planteos. Al hacer referencia a nuestro artículo, según Katz, estimamos “que el colapso coexiste con la estabilidad [...] este enfoque se ubica en un punto intermedio. Reconoce la existencia de varios problemas, pero no encuentra la vía para resolverlos. Aunque percibe que el catastrofismo impide comprender la realidad, mantiene su fidelidad a los fundamentos de esta concepción”<sup>2</sup>. Y más adelante continúa: “Como temen deslizarse hacia un reformismo pecaminoso si cuestionan abiertamente las tesis del derrumbe, evitan tomar partido en todos los debates sobre los mecanismos de la crisis o la lógica del ciclo. Emiten un invariable mensaje a favor de ‘no exagerar’ pero tampoco ‘capitular’, sin notar que la economía es un terreno poco propio para tantas vacilaciones”<sup>3</sup>.

Sin embargo, de nuestra nota no puede deducirse que proponamos ninguna posición intermedia. No queremos ubicarnos en el justo medio entre dos bandos en disputa. Nuestra crítica al catastrofismo de Rieznik no es porque señale las tendencias catastróficas de la economía capitalista, sino porque las define de manera superficial y porque opinaba que la concreción de estas tendencias está siempre “a la vuelta de la esquina”. A diferencia de este enfoque, nuestra crítica al gradualismo de Katz no esquiva aquellas cuestiones que requerían precisar y actualizar las caracterizaciones, sino que intenta mostrar que, sin embargo, no alteran las tendencias básicas del capitalismo en su época de “crisis, guerras y revoluciones”.

## **I. LA TENDENCIA A LA CRISIS DE LA ECONOMÍA CAPITALISTA**

Katz sostiene que “sin adoptar una teoría marxista de la crisis resulta imposible avanzar en esa indagación”<sup>4</sup>, y nos critica por carecer de tal teoría. Pero ¿cuál es la teoría marxista de las crisis que sostiene Katz? En “Etapa, fase y crisis” defiende una visión multicausal, tomando la definición de Mandel de “las crisis como un proceso simultáneo de bloqueo a la valorización de la plusvalía y a la realización del valor de las mercancías, explicando que el capitalismo constituye una totalidad dinámica sujeta a contradicciones en ambos planos de la reproducción”<sup>5</sup>. Esta definición es en general correcta, pero bastante general. Todavía no queda claro, bajo estas determinaciones, si las crisis son solamente un fenómeno cíclico –dimensión que reconocen hasta los teóricos burgueses–, o si van más allá y expresan límites inmanentes del capitalismo.

“Estrategia socialista para América Latina”, “Efectos del dogmatismo: catastrofismo” y “Efectos del dogmatismo: esquematismo”, disponibles electrónicamente. en <http://katz.lahaine.org>.

2. Katz, “Efectos del dogmatismo: catastrofismo”, op. cit.

3. Ídem.

4. Ídem.

5. Katz, “Etapa, fase y crisis”, disponible electrónicamente en <http://katz.lahaine.org>, noviembre 2002.

La teoría de las crisis de Marx tiene como punto de partida la crítica de la “ley de Say”, que sostiene básicamente que, como todo acto de venta implicará a la vez una compra, como toda oferta se traduce en una nueva demanda, la realización está garantizada, y no puede haber sobreproducción ni, por ende, crisis<sup>6</sup>. En su crítica de la ley de Say, Marx explica que las condiciones de validez de la misma no pueden ser otras que las de una economía de trueque, en la que no existe el dinero. Con el desarrollo de los intercambios mercantiles mediados por el dinero, el acto de venta ya no va a ser necesariamente una compra. No se cambia una mercancía por otra, sino que el vendedor recibe a cambio de su mercancía su equivalente en dinero. Ya no está obligado a utilizar todo su dinero inmediatamente en la adquisición de otras mercancías, sino que puede atesorarlo. Por lo tanto, una venta no es automáticamente una compra. La oferta no crea su propia demanda.

Esto ya plantea la posibilidad de crisis, de que el proceso de producción capitalista se paralice. Como la circulación del capital puede verse interrumpida en cualquiera de sus etapas podemos hablar de distintos “cortes” de la crisis capitalista. El proceso de circulación<sup>7</sup> del capital implica toda una serie de posibles puntos de crisis. Desde el financiamiento que puede necesitar el capitalista para adquirir los factores de producción, pasando por la disponibilidad suficiente de esos factores, las trabas que pueda haber en el proceso mismo de producción (por ejemplo una huelga), hasta las posibilidades de vender, o no, todo lo producido. Todos son posibles puntos en los que puede estancarse la circulación del capital. Y el capital estancado, el que no está en proceso de circulación, se desvaloriza, pierde su función social. Por eso estos son posibles “cortes” de crisis. Crisis financieras, comerciales, etc. Pero esto no alcanza para explicar las tendencias del capitalismo a la crisis, sino que sólo permite caracterizar posibles “fallas de coordinación”, inevitables en una economía basada en el intercambio. Esto sin duda puede llevar a interrupciones

6. Esta ley ya había sido fuertemente criticada, especialmente por Malthus y Sismondi. Sus críticas partían de perspectivas diferentes: el primero era un reaccionario que embellecía el rol de los terratenientes para asegurar el consumo, mientras que el segundo era un crítico de las condiciones a las que el capitalismo empujaba a los trabajadores. Pero ambos tenían la noción de que la producción se organiza en torno al consumo y, como el grueso de este provenía de los trabajadores —que apenas ganaban suficiente para vivir y nunca podrían comprar el excedente—, el capitalismo enfrentaría problemas permanentes para la realización de las mercancías. Pero el rechazo que hace Marx de la ley de Say es bastante diferente. Marx no opina que las dificultades para el capital vengán de un problema de subconsumo. Si esto fuera así, el capitalismo debería estar en crisis permanente, ya que esta “brecha” entre el valor de la demanda de consumo y el valor de la producción se presenta siempre. Por otra parte, el consumo no es el fenómeno determinante de la producción capitalista; a la inversa, está determinado por las decisiones de producción de los capitalistas.

7. La circulación del capital es el proceso que parte del dinero que compra los factores de producción (materia prima, medios de producción y fuerza de trabajo), los pone a producir para obtener una mercancía de valor superior al de los factores adquiridos, y finaliza con la venta del producto para recomenzar el ciclo.

de la reproducción de capital y retracciones de la producción, pero no señala una tendencia necesaria a la crisis. Todavía nos ubicamos en el terreno de la posibilidad de la crisis, no de su necesidad.

Para Marx existe otra “dimensión” de la crisis capitalista, mucho más profunda, surgida de la tendencia del capitalismo de acrecentar permanentemente la extracción de plusvalía, mediante el aumento de la productividad del trabajo. Este desarrollo, que reduce el trabajo necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo, plantea sin embargo un problema para la valorización del capital: la tendencia es que el capital variable, destinado a la compra de fuerza de trabajo, se reduzca en proporción al capital constante, gastado en medios de producción y materias primas. Por eso, aunque aumente la tasa de plusvalía, la tendencia es que la plusvalía se reduzca en relación al capital total. El resultado es la caída en la tasa de ganancia.

El capital busca compensar esta reducción con una masa mayor de capital, para extraer una masa mayor de plusvalía. Por eso el “desarrollo de la fuerza productiva social del trabajo se expresa, al progresar el modo capitalista de producción, por una parte en una tendencia a la *baja progresiva de la tasa de ganancia*, y por la otra en el constante *crecimiento de la masa absoluta* de plusvalor o ganancia apropiada”<sup>8</sup>. Pero la posibilidad de sostener esta compensación es limitada ya que “las mismas causas que producen una baja tendencial de la tasa general de ganancia condicionan una acumulación acelerada del capital, y por ende un aumento en la magnitud absoluta o en la masa global del plustrabajo (plusvalor, ganancia) del que se apropia”<sup>9</sup>. Como plantea Anwar Shaikh: “Rentabilidad decreciente significa tasas de acumulación decrecientes y competencia feroz creciente entre capitalistas (nacionales e internacionales) por los mercados, las materias primas y la fuerza de trabajo barata”<sup>10</sup>.

Para aumentar la masa de ganancia, el capitalista necesita utilizar una parte del plusvalor extraído para emplear más obreros y así ampliar la masa de plusvalor. Pero para poder explotar más obreros, debe destinar otra parte del plusvalor en capital constante adicional. En este proceso, el capital constante aumenta más que el capital variable. Por eso, esta carrera para aumentar la masa de ganancia a pesar de la disminución de la tasa, no puede sostenerse indefinidamente. La masa de plusvalor se vuelve insuficiente para sostener el aumento del capital constante y variable, y mantener la parte destinada al consumo de la clase capitalista. La acumulación debe realizarse a costa de alguna de estas porciones<sup>11</sup>.

8. Marx, *El capital*, Tomo 3, México, Siglo XXI, 1997, p. 284.

9. *Ibidem*, p. 286.

10. Shaikh, *Valor, Acumulación y Crisis*, Bs. As., RyR, 2006, p. 339.

11. Llegado un punto, esta acumulación acelerada de capital se topa además con límites para seguir explotando la fuerza de trabajo en las mismas condiciones: “apenas hubiese aumentado el capital en una relación para con la población obrera en la cual no pudiesen ampliarse ni el tiempo absoluto de trabajo que proporciona esa población, ni el tiempo relativo de plustrabajo

La insuficiencia relativa de la masa de plusvalor y su caída absoluta llevan a la interrupción del proceso de acumulación<sup>12</sup>. Los capitalistas abandonan los planes de ampliar la producción. Sobreviene entonces la crisis por sobreacumulación de capital. Y esta se expresa, efectivamente, como una producción excedente de mercancías. “Una sobreproducción de capital jamás significa otra cosa que una sobreproducción de medios de producción –medios de trabajo y medios de subsistencia– que puedan actuar como capital”<sup>13</sup>. Lo que entonces aparece como subconsumo o sobreproducción no es otra cosa que el resultado de que los capitalistas detuvieron el proceso de ampliación de la acumulación, por la caída sostenida de la tasa de ganancia.

Esta es la crisis necesaria, es decir inherente a la producción capitalista. Su origen es el conflicto derivado de las contradicciones existentes entre valor y valor de uso, que se expresan en la contradicción entre rentabilidad y productividad, entre las limitadas posibilidades de valorización, y el desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas. La producción capitalista se ve forzada debido a sus propias leyes inmanentes a desarrollar, por un lado, las fuerzas productivas como si no se tratara de una producción fundada en bases sociales estrechas, y por el otro, sólo puede hacerlo dentro de ciertos

[...]; es decir, si el capital acrecido sólo produjera la misma masa o incluso una masa menor de plusvalor que antes de su crecimiento [por un aumento de los salarios, N. de R.], entonces tendría lugar una sobreproducción absoluta de capital; es decir que el capital incrementado  $C + C$  no produciría mayor ganancia, o incluso produciría una ganancia menor, que el capital  $C$  antes de su incremento en  $C$ . La baja de la tasa de ganancias *estaría acompañada en este caso de una disminución absoluta en la masa de ganancia* [...] Y la masa disminuida de ganancias debería calcularse sobre un capital global aumentado”. Marx, op. cit., p. 323.

12. Henryk Grossmann, en *La ley de la acumulación y del derrumbe del sistema capitalista*, destaca estas tendencias en su polémica con los teóricos socialdemócratas Bauer, Hilferding y Kautsky. Grossmann se centra en demostrar que el punto determinante de las crisis capitalistas es la tendencia a la sobreacumulación de capital, subproducto de la cual, la masa de plusvalía extraída a los asalariados se vuelve insuficiente para sostener el proceso, ya que tiende a devorarse la porción que se llevan los capitalistas para su consumo, con lo cual la acumulación pierde sentido para éstos. Lo que realiza Grossmann es un ejercicio tendiente a demostrar la falsedad del uso que hace Bauer de los esquemas de reproducción del tomo II de *El Capital*. Bauer, en discusión con Rosa Luxemburgo, afirmaba que si la reproducción se realizaba manteniendo adecuadas proporciones entre el sector productor de bienes de consumo y el productor de medios de producción, podría realizarse el plusvalor sin inconvenientes, aunque no haya intercambio con ningún espacio no capitalista con el cual intercambiar. Por lo tanto, concluía Bauer, es posible que la acumulación se sostenga sin inconvenientes, y las crisis sólo pueden surgir si no se respeta la proporcionalidad entre los sectores. Aunque desde nuestro punto de vista es cierto que la acumulación capitalista no necesita intercambiar con ningún sector no capitalista, y tampoco se pueden explicar las crisis por subconsumo (aunque algunas veces sea un elemento explicativo de una situación de crisis, debida a problemas de liquidez), esto no significa que pueda sostenerse indefinidamente. Grossmann muestra, desarrollando el esquema tomando los supuestos de Bauer, que la acumulación capitalista se detiene necesariamente llegado un punto.

13. Marx, op. cit., p. 328.

límites estrechos. Esto constituye para Marx la causa más íntima y secreta de las crisis. Sin quitarle entidad a otros fenómenos que pueden ser detonantes de crisis, (crisis crediticias, comerciales, etc.), apunta centralmente a un fenómeno que señala un límite histórico del capitalismo y que surge de las propias condiciones de la acumulación.

Claro que esta tendencia es enlentecida por ciertos elementos contrarrestantes. La retracción cíclica de la economía puede permitir la quiebra de los capitales más débiles y la desvalorización general del capital, lo que empuja nuevamente hacia arriba la tasa de ganancia y permite reanudar el proceso de valorización, acompañado de una creciente concentración y centralización del capital. La tendencia a la sobreacumulación también refuerza las presiones al aumento en la explotación de los asalariados, incorporando mejoras técnicas y arremetiendo contra las condiciones de trabajo y los salarios. El comercio exterior también puede actuar favorablemente para los países más desarrollados que, gracias a su mayor productividad y a la mayor composición orgánica del capital, pueden apropiarse de cuotas de plusvalía mayores (del mismo modo que si estuvieran logrando plusvalías extraordinarias en su propio país)<sup>14</sup>. El capital también buscará nuevas oportunidades de valorización en terrenos donde la composición orgánica del capital es mucho menor, es decir, en los países atrasados que ofrecen un terreno virgen para el capital. Estos países serán también fuente de demanda de bienes industriales y permitirán la realización de las mercancías producidas. Esto será cada vez más urgente con el creciente desarrollo de las fuerzas productivas, gracias a lo cual los mercados nacionales se vuelven estrechos para el gran capital.

Estos factores —entre otros— permiten al capital restablecer momentáneamente las condiciones para su valorización. La acción de estos factores contrarrestantes es lo que permite que se configure un ciclo económico. La tendencia general de la economía capitalista, su “ley fundamental”, es contenida y el capitalismo retoma la acumulación.

Pero la tendencia a la sobreacumulación sigue presionando y los efectos contrarrestantes son cada vez menos efectivos<sup>15</sup> mientras esta tendencia es más

14. También pueden conseguir materias primas más baratas, con lo que reducirían el valor del capital constante, aumentando así la tasa de ganancia. Como planteaba Marx: “todo cuanto acarree un cambio en la magnitud de c[capital constante] [...] provoca asimismo un cambio en la tasa de ganancia, aún permaneciendo inalterados pv [plusvalía] y vy [salarios] su relación recíproca. Pero la materia prima constituye una parte principal del capital constante [...] Si el precio de la materia prima desciende [...] por consiguiente aumenta la tasa de ganancia [...] Bajo circunstancias en lo demás iguales, la tasa de ganancia aumenta y disminuye, por ende, en sentido inverso al de la materia prima. De aquí resulta, entre otras cosas, la importancia que tiene para los países industriales el bajo precio de la materia prima” (op. cit., p. 131).

15. También puede ocurrir que la acción de algunos efectos contrarrestantes se vea bloqueada. Es el caso, por ejemplo, cuando el capital no logra imponer medidas para aumentar la explotación de la fuerza de trabajo, flexibilizando las condiciones laborales, despidiendo o suspendiendo personal o bajando los salarios.

aguda. Así se abren perspectivas para crisis más profundas. Los propios mecanismos puestos en juego para posponer la crisis sientan las bases para escenarios más críticos a futuro. Los límites a la valorización del capital, derivados de las tendencias que caracterizan su acumulación, finalmente estallan bajo la forma de crisis catastróficas. A través de las oscilaciones del ciclo económico, la “sobresaturación de capital” alcanza magnitudes crecientes y llegado un punto la tendencia a la catástrofe no puede seguir “posponiéndose”.

El análisis de esta tendencia a la caída de la tasa de ganancia, con sus implicancias, apunta a responder afirmativamente la pregunta de si las relaciones de producción capitalista, que se caracterizan por una necesidad de desarrollar continuamente las fuerzas productivas bajo la presión de la competencia, pueden ellas mismas volverse una traba, al menos relativa, para el desarrollo de las fuerzas productivas. Después veremos como, subproducto de esta tendencia y las respuestas capitalistas para contrarrestarla, el capitalismo se topa frente a trabas insuperables para mantener un desarrollo sostenido de las fuerzas productivas.

A pesar, o más bien en contra de todo esto, Katz critica que hablamos “de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, desconociendo que esa disminución opera a través de ciclos periódicos”<sup>16</sup>. La tasa de ganancia no operaría entonces como límite histórico inmanente, sino como simple movimiento cíclico. La ley tendencial pierde así importancia.

## 2. FASES Y ONDAS LARGAS: UN ENFOQUE ECONOMICISTA

En la visión de Katz, esta tendencia general, básica de la economía capitalista, hacia “el colapso” en palabras de León Trotsky, es reemplazada por una teoría en la que los ciclos económicos se encontrarían enmarcados dentro de fases más amplias. “Las fases se diferencian de los ciclos corrientes porque ilustran el predominio de grandes tendencias a la prosperidad o las crisis y no el curso de las fluctuaciones de corto o mediano plazo. Las fases condicionan la tónica de los ciclos, que tienden hacia recesiones suaves y auges sostenidos durante los períodos de crecimiento y a depresiones agudas y reactivaciones débiles durante las fases de crisis”<sup>17</sup>.

Esta teoría de las fases se inspira en la teoría de las ondas largas en la evolución del capitalismo que postulara Mandel rescatando las elaboraciones de Kondratieff. Mandel propone una “teoría de las ondas largas de la tasa de ganancia media”, ligada a los ritmos de renovación del sistema tecnológico. Estas ondas largas (de aproximadamente 50 años) tendrían una fase A, de fuerte crecimiento (la economía crece más de lo que pierde en las recesiones), y una fase B, de bajo crecimiento o estancamiento (donde a la inversa, en las

16. Katz, “Los efectos...”, op. cit.

17. Katz, “Etapa...”, op. cit.

recesiones se decrece más de lo que se crece en las recuperaciones). Su diferenciación con Kondratieff está en que reconoce que el comienzo del ciclo no es automático, sino que los factores extraeconómicos juegan un rol clave en la explicación de los ascensos precipitados de la tasa de ganancia media después de los grandes puntos de inflexión de 1848, 1893 y 1940-48<sup>18</sup>.

Hay un elemento correcto en esta visión, que es que el capitalismo no puede caracterizarse por los ciclos económicos exclusivamente. Como planteaba Trotsky, el ciclo es un fenómeno derivado. El desarrollo del capitalismo ha atravesado momentos de crecimiento más vigoroso o menos vigoroso<sup>19</sup>. El capitalismo no estaba igual en 1930 que en 1950. Pero para explicar estos períodos no sirve reflotar una teoría de ondas largas. Este tipo de teoría, a pesar de todos los reparos que se utilicen, genera la idea de sucesión automática de momentos de auge y de declinación cuando en realidad “el carácter y duración [de los distintos momentos del desarrollo capitalista] están determinados, no por la dinámica interna de la economía capitalista, sino por las condiciones externas que constituyen la estructura de la evolución capitalista”<sup>20</sup>. Es decir que la relación entre los distintos Estados, y las clases en su interior, condicionan las posibilidades del capitalismo de dar respuestas para sostener la masa de ganancia en niveles adecuados para sostener la acumulación de capital. La entrada en juego de estos factores no permite que en este caso pueda hablarse de la regularidad de los ciclos: “La adquisición para el capitalismo de nuevos países y continentes, el descubrimiento de nuevos recursos naturales y, en el despertar de éstos, hechos mayores de orden ‘superestructural’ tales como guerras y revoluciones, determinan el carácter y el reemplazo de las épocas ascendentes estancadas o declinantes del desarrollo capitalista”<sup>21</sup>. Como vemos, entonces, los momentos de ascenso o declinación del capitalismo están ligados a las condiciones “externas” que le permiten o impiden recrear las condiciones para una acumulación sostenida. Estas condiciones actúan como

18. Hemos polemizado con esta teoría de Mandel, que Katz valora positivamente, en Castillo, “La crisis y la curva del desarrollo capitalista”, en *Estrategia Internacional* N° 7, marzo/abril 1998.

19. En el debate con Kondratieff, Trotsky señalaba que: “Los ciclos comerciales e industriales son de diferente carácter en diferentes períodos. La principal diferencia entre ellos está determinada por las interrelaciones cuantitativas entre el período de crisis y el de auge de cada ciclo considerado. Si el auge restaura con un excedente la destrucción o la austeridad del período precedente, entonces el desarrollo capitalista está en ascenso. Si la crisis, que significa destrucción, o en todo caso contracción de las fuerzas productivas, sobrepasa en intensidad el auge correspondiente, entonces obtenemos como resultado una contracción de la economía. Finalmente, si la crisis y el auge se aproximan entre sí en magnitud, obtenemos un equilibrio temporario –un estancamiento– de la economía. Este es el esquema en lo fundamental”. Trotsky, “La curva del desarrollo capitalista”, en *Naturalidad y Dinámica del capitalismo y de la economía de transición*, Bs. As., CEIP, 1999.

20. Ídem.

21. Ídem.



un “hándicap” que hace que la acción de los elementos contrarrestantes permita recuperar en el momento de ascenso cíclico más de lo perdido en la recesión. Con cada ciclo, este “hándicap” se agota, y los elementos contrarrestantes deben actuar en una escala mayor que la precedente. Esto es cada vez más difícil, e incluso es posible que la resistencia del proletariado —o la acción de sectores de la burguesía afectados por reestructuración requerida— no permita que actúen estos mecanismos, o que lo hagan pero en una magnitud insuficiente en relación con las condiciones de la acumulación. El modo de producción capitalista se encuentra entonces en un momento de decadencia, las posibilidades de recuperación económica son sobrepasadas por las crisis, y la economía marcha, más tarde o más temprano, hacia crisis catastróficas. Esto, como veremos, nos parece característico de la economía actual.

Los factores que permiten caracterizar los distintos momentos históricos, como vimos, no surgen de las condiciones de la economía, no son predecibles ni se mueven de forma cíclica, pero es central comprender que actúan como condicionantes para estudiar las tendencias del capitalismo más allá de los ciclos. Cualquier “teoría de las crisis” que no tenga en cuenta este aspecto (como la de las ondas largas), no puede más que caer en el economicismo. Desde una teoría de fases u ondas largas, es imposible establecer cualquier relación articulada entre economía y las condiciones externas de la acumulación capitalista. En la lógica de Katz, la política actúa, pero como un factor meramente exógeno. Por eso olvida que “la transición de una época de esta clase [de estancamiento] a otra diferente debe producir necesariamente las más grandes convulsiones en las relaciones entre clases y entre Estados [...] no es difícil demostrar que en muchos casos las revoluciones y guerras se esparcen entre la línea de demarcación de dos épocas diferentes de desarrollo económico”<sup>22</sup>. Trotsky rechazó la teoría de Kondratieff porque comprendía que lo que había en cada punto más bajo del “ciclo largo” era una crisis catastrófica del capitalismo, aquella en que las contradicciones derivadas de la tendencia inexorable a la sobreacumulación derivan en crisis, guerras y revoluciones. La sobrevivencia del capitalismo y el pasaje de una “fase descendente” a una “fase ascendente” es puesto en cuestión al momento de una crisis catastrófica. En cambio la teoría de las fases u ondas largas, más allá de todos los reparos y aclaraciones que pueda hacer Katz, es una teoría que no permite abordar el carácter catastrófico de la acumulación capitalista, particularmente en su etapa de decadencia.

### 3. LA DECLINACIÓN CAPITALISTA

Dice Katz: “Los teóricos del capitalismo decadente suelen argumentar que en esta etapa se afianza la ‘incapacidad del sistema para resolver los problemas que ha generado su regresión’. Pero es evidente que esta impotencia

22. Ídem.

no es un dato novedoso del siglo XX, sino una contradicción generalizada de este modo de producción, en cualquiera de sus estadios<sup>23</sup>. Katz desdeña el nuevo carácter que cobran las contradicciones del capitalismo en el siglo XX. Este nuevo carácter surge directamente de las contradicciones de la acumulación capitalista. Como ya hemos señalado, la búsqueda de una mayor valorización conduce a la caída de la tasa de ganancia y, para compensar esta caída con un aumento de la masa de ganancia, el capital acelera su acumulación. Este proceso ha dado como resultado una internacionalización creciente de las fuerzas productivas, e incluso de las corporaciones capitalistas, mientras que la organización territorial mantiene su base en los Estados nacionales. Esta contradicción es la base de lo que definimos como un proceso de declinación capitalista, que va más allá de los períodos históricos de mayor o menor crecimiento que señalamos en la sección precedente.

Las tendencias a la sobreacumulación y la escala creciente de producción y circulación del capital hace que ni siquiera los países de mayor desarrollo capitalista —y con mercados más extensos— puedan garantizar en el marco de sus fronteras las condiciones para permitir una sostenida acumulación capitalista sin que surjan trabas para la valorización y la realización. Esto los obliga a actuar crecientemente en la esfera internacional para: asegurarse mercados para colocar las mercancías; garantizarse el acceso barato a las materias primas, cuyos efectos ya hemos señalado; y finalmente, buscar terrenos vírgenes para invertir los capitales que no pueden acumularse en los países más avanzados. El imperialismo surge de la puja entre las naciones más desarrolladas para asegurarse condiciones más ventajosas que sus competidores en la periferia capitalista, y de ser posible monopolizarlas. Sin embargo, esto no hace más que plantear a una escala superior, los límites para la valorización. No se resuelve sino que se efectúa una “fuga hacia delante” en la tendencia a la sobreacumulación.

En paralelo a esto, **las dificultades para la valorización del capital son agravadas por la centralización y concentración del capital**. Por un lado las corporaciones se proponen actuar para mitigar las presiones a la competencia, atenuando las fuerzas que conducen a la acumulación acelerada. Pero por otro lado, también serán un factor que pondrá límites a los mecanismos de “autorregulación” del capitalismo. Es decir que la crisis pierde cada vez más la capacidad de actuar como mecanismo “saneador” de la economía. El creciente rol jugado por las corporaciones en la economía de los países capitalistas más desarrollados, y el mayor entrelazamiento entre los grandes capitalistas, hace cada vez más improbable que la crisis golpee sólo a los capitales menos rentables, sin afectar al conjunto de la economía. Si capitales de gran envergadura caen en la ruina, se perturba la operación de los demás. Esto puede arrastrar a la bancarota a firmas previamente rentables, junto con las no rentables, en un

23. Katz, “Efectos del dogmatismo: catastrofismo”, op. cit.

colapso que se retroalimenta. Por eso se vuelve “cuestión de Estado” bloquear los mecanismos de crisis. Por eso **la sobreacumulación y sobreproducción se vuelven fenómenos semipermanentes en el corazón del capitalismo.**

La acción internacional del capital, que como vimos no resuelve sino que en el mejor de los casos posterga las tendencias a la crisis, permite sin embargo su creciente internacionalización. Esto abre la posibilidad a que los distintos Estados busquen resolver su crisis nacional a costa de las naciones competidoras. Es posible que la crisis golpee a unos Estados más que a otros. Que una nación desarrolle las fuerzas productivas en detrimento de otra. Por eso se agudiza la rivalidad entre los Estados más desarrollados. Esta es la gran fuente de los choques que se profundizaron con la crisis de la hegemonía británica a comienzos del siglo XX, y los intentos de reformular las relaciones entre las naciones imperialistas que derivaron en las guerras mundiales. **El imperialismo entonces se puede caracterizar por el carácter agresivo del capitalismo, que tiene su raíz en la insuficiente valorización.** Lo que lo caracteriza es el esfuerzo por restituir a cualquier precio la valorización del capital. Este esfuerzo implica una creciente intervención del Estado en la economía y una mayor competencia no sólo entre las corporaciones, sino también entre los Estados por favorecer a sus corporaciones en el acceso privilegiado a las posibilidades de valorización.

Este es el pivote en el cual se apoya la noción de declinación. No se trata sólo de la crisis, sino de contradicciones estructurales que dificultan un aumento sostenido y creciente del desarrollo en el marco de las relaciones sociales capitalistas. Esto no significa crisis permanente, pero revela que las relaciones capitalistas han devenido en traba para el desarrollo sostenido de las fuerzas productivas. Una traba generada por el desarrollo del capitalismo, que no ha logrado superar a pesar de los intentos de crear condiciones internacionales adecuadas para la valorización en esta escala. Es este marco, las tendencias catastróficas inherentes al capitalismo se ven potenciadas. Por eso Lenin definía la época como de “crisis, guerras y revoluciones”.

El recorrido de la hegemonía norteamericana lo ilustra. El establecimiento de la misma estuvo acompañado del desarrollo de determinadas instituciones en las cuales le cabía un rol primordial, entre ellas las organizaciones mundiales para la regulación comercial, el intento de coordinación monetaria a través del FMI. También significó la extensión del “americanismo”. Este se impone, por un lado, como necesidad para permitir el despliegue capitalista a escala mundial, bajo condiciones favorables para las corporaciones norteamericanas. Pero por otro lado, esta hegemonía era también necesaria para el conjunto del mundo capitalista, que necesitaba un marco de mayor coordinación mundial acompañado de un “compromiso histórico y social” —en palabras de los regulacionistas— para generar condiciones para un nuevo ciclo valorización del capital. Sin embargo, la hegemonía norteamericana era también una traba para la extensión de las otras grandes naciones capitalistas. Esto último terminó primando, y la hegemonía

norteamericana indiscutida del capitalismo mundial sólo duró lo que el *boom* de posguerra, apoyado en las condiciones excepcionales producto de la propia guerra<sup>24</sup>. La crisis que puso fin al *boom* de la posguerra aceleró nuevamente la competencia entre las grandes naciones capitalistas. Norteamérica no podía reclamar un rol de primacía económica indiscutida: Alemania y Japón le pisaban los talones. Nuevamente se puso en evidencia la contradicción entre la internacionalización de las fuerzas productivas y los Estados nacionales. Aunque Estados Unidos conserva un rol de primacía en la economía mundial, las consecuencias de su acción en defensa de sus intereses son cada vez más convulsivas para el resto de los países<sup>25</sup>.

Es cierto que la tendencia a la internacionalización de las fuerzas productivas y las presiones para recuperar la tasa de ganancia condujeron a reformulaciones en el “modo de producción”. Se internacionalizó la producción, aprovechando las “ventajas comparativas” que cada región del planeta puede ofrecer, como la gran disponibilidad de mano de obra barata y poco organizada en el sudeste asiático, las posibilidades de obtener una mano de obra ligeramente más capacitada en el caso de India y la industria del *software*, y las ventajas del agro en Latinoamérica, por citar algunos ejemplos. Las grandes corporaciones han trazado una estrategia mundial para responder a los requerimientos de abaratar los costos de producción y/o facilitar el acceso ventajoso a los mercados más codiciados. El límite sin embargo, es que la estrategia mundial de las corporaciones no puede tener parangón a nivel de los Estados. Se acentúa una divergencia, que es fruto de tensiones entre la existencia de los Estados y la internacionalización de la producción.

Aunque el capitalismo necesita condiciones estables para sostener su valorización a escala mundial, no puede sin embargo sostenerlas. Aunque se han desarrollado las asociaciones entre Estados, la más avanzada de las cuales es la UE, pero que también se expresa en uniones menos ambiciosas como la

24. La segunda guerra mundial implicó una destrucción masiva de capital. Hubo una caída inédita de la composición orgánica del capital. Gracias a esto se recupera la tasa de ganancia. Adicionalmente, se habían sucedido importantes innovaciones durante los tiempos de la crisis y de la guerra. Además se abarataron otros componentes del capital constante, gracias a la caída en los valores de las materias primas. A esto debemos sumar las condiciones políticas que permitieron (gracias a la colaboración de los Partidos Comunistas que contuvieron la acción del proletariado) alcanzar desde los inicios del *boom* hasta los primeros años '50, tasas de plusvalía cuyo crecimiento osciló entre el 100 y el 300% en Alemania, Japón, Italia, Francia y España. Ver Castillo, “Las Ondas Largas del desarrollo capitalista”, op. cit.

25. La expresión más patente de esto es el manejo del dólar y las tasas de interés realizadas por la Reserva Federal desde la forzada salida de del sistema de Bretton Woods, que obligó a abandonar el patrón fijo de la moneda. Desde entonces EE. UU. utilizó el nuevo régimen de cambio flexible y la continuidad del dólar como moneda de reserva y medio de pago a nivel mundial como forma de enfrentar la crisis, manipulando en su provecho este privilegio sólo reservado a la potencia hegemónica. Esto ha aumentando la inestabilidad y las desigualdades de la economía mundial.

ASEAN, Mercosur, etc., éstas no han podido sin embargo superar los efectos de la competencia entre los distintos Estados. Esto caracteriza las transformaciones de la economía capitalista a comienzos del siglo XX, y son fenómenos que, con trasformaciones, se mantienen hasta la actualidad. Es cierto que las nuevas formas de regulación estatal apoyadas en el *boom* permitieron durante las primeras décadas de la posguerra atenuar las tendencias catastróficas. Pero sin embargo esto no impidió que el capitalismo desembocara en la crisis de finales de los '60 y comienzos de los '70, caracterizada por una fuerte caída en las tasas de ganancia, y un estancamiento económico con fuerte inflación. Aunque la intervención de los Estados logró evitar un escenario de crack generalizado, y preparó las bases para la ofensiva neoliberal<sup>26</sup>.

Se salió de la crisis, pero mediante resoluciones parciales. Una fuente central para la recuperación fue la baja de los niveles salariales y la precarización para aumentar la duración de las jordanas y la intensidad del trabajo. Se permitió la quiebra de algunas grandes empresas capitalistas para resolver parcialmente la condición de sobreacumulación. Y la liberalización financiera fue un mecanismo para que la presión sobre la clase obrera se generalizara. La presión de los accionistas sobre las corporaciones fue el ariete para terminar con los mecanismos del “capitalismo organizado” que garantizaba ciertas condiciones de trabajo y remuneración. Así, se ha logrado una restitución de la tasa de ganancia en relación a los niveles alcanzados en los '70, especialmente desde comienzos de los '90. Sin embargo, la mayoría de las investigaciones coinciden en que la tasa de ganancia está entre un 40% y un 50% por debajo de los niveles del *boom* de posguerra<sup>27</sup>.

Pero lo más importante es que a pesar de la restitución de la ganancia, ha sido mucho más limitada la acumulación, salvo durante el furor de la “nueva economía”. Como señala Robert Brenner: “en lugar de aumentar la inversión, la productividad y el empleo para aumentar las ganancias, las firmas buscaron explotar el bajo costo de los préstamos para mejorar su posición y la de sus accionistas por la vía de la manipulación financiera –liquidando sus deudas y dividendos, comprando sus propias acciones para subir su valor, particularmente en la forma de una enorme oleada de fusiones y adquisiciones”<sup>28</sup>. Se ha

26. A medida que se van asentando las derrotas al ciclo de revoluciones que van del '68 al '81, se va a desarrollar en todo el mundo una ofensiva en gran escala contra los trabajadores. Las consecuencias de esta avanzada son un retroceso en la parte del ingreso que se llevan los trabajadores, una gran estratificación en el movimiento obrero, y la extensión en muchos países de la periferia –y sectores marginales en los países centrales– de condiciones de trabajo ultraprecarias. Para el capitalismo, esto significó importantes aumentos de los niveles de plusvalía. Además se produce un cambio en las funciones del Estado, orientado más decididamente a actuar como garante y acelerador del proceso de concentración y centralización del capital.

27. Harman, “La tasa de ganancia y el mundo actual”, *Internacional Socialism* N° 115, agosto 2007. Shaik, “Valor, acumulación y crisis”, op. cit.

28. Brenner, “Capitalismo: Una crisis devastadora”, Suplemento especial *La Verdad Obrera* N° 266, 07/02/08.

configurado, especialmente durante el último ciclo de crecimiento, lo que Michel Husson define como un “equilibrio de subacumulación”<sup>29</sup>: la recuperación de la ganancia sólo es compatible con “una tasa de acumulación relativamente poco elevada, en todo caso más baja que el potencial del nivel de la tasa de ganancia asociada”. Esto para nosotros es una expresión patente de que las distintas políticas de reactivación encaradas desde el final del *boom*, y los resultados de la ofensiva sobre los asalariados, han sido insuficientes. El capitalismo se mantiene en una situación en la que, para sostener la “modesta” recuperación de la tasa de ganancia, debe limitar las nuevas inversiones a algunas ramas o regiones, como fue en su momento la “nueva economía” y actualmente vienen siendo China y la India. A nivel general, está por debajo del potencial, ya que es la única forma de no recaer en una situación general de sobreacumulación.

La plusvalía que no se acumula se transforma en una “sobreabundancia de ahorro”. Su destino no puede ser otro que volcarse masivamente a las nuevas oportunidades de valorización que se presenten –generando entonces sobreacumulación–, o a la búsqueda de valorización a través de las finanzas. Esto es lo que explica las sucesivas burbujas que se vienen sucediendo cada vez más agudamente, la última de las cuales estalló el año pasado y está mostrando hoy sus consecuencias. Si anteriormente los resultados se manifestaban especialmente en la periferia capitalista, ahora la crisis tiene su epicentro en los propios EE. UU.

Ni siquiera la gran victoria que fue para el capitalismo la restauración en los países de la ex Unión Soviética, y posteriormente China, ha revertido este panorama. Aunque esta restauración es equivalente a “la adquisición para el capitalismo de nuevos países y continentes” que consideraba Trotsky como un elemento clave para revitalizar las posibilidades de la acumulación capitalista, su efecto ha sido limitado.

La restauración capitalista en China hasta el momento ha contribuido favorablemente para recuperar las condiciones de ganancia. Junto con India, incorporaron cientos de millones de nuevos asalariados, lo que ha contribuido a la caída de los salarios en todo el mundo y al aumento de la tasa de plusvalía. A la vez, China ha ofrecido un terreno virgen que sirvió de destino para masivas inversiones en la última década. Gracias a esto, la economía mundial, aunque no puede “desacoplarse” de la economía norteamericana, ha desplazado su acumulación hacia otras zonas. Sin embargo, los efectos para la economía mundial no son exclusivamente favorables. La integración de China, y también la de India, tuvieron como efecto poner en competencia directa a los trabajadores de todo el mundo. Según Francois Chesnais esto ha sido uno de los gérmenes de la crisis actual, ya que “tuvo también repercusiones muy importantes en la esfera financiera, especialmente con la baja de las tasas de interés a largo plazo”<sup>30</sup>. Sucede que

29.Ver Chingo, “Crisis y contradicciones del ‘capitalismo del siglo XXI”, *Estrategia Internacional* N° 24, diciembre 2007.

30.Chesnais, “Fin de un ciclo: alcance y rumbo de la crisis financiera”, en <http://www.vientosur.info/documentos/Chesnais.pdf>.

la recuperación económica posterior a la burbuja de las puntocom, se ha caracterizado por tasas de inversión particularmente bajas en EE. UU. La acumulación de las grandes corporaciones estuvo en gran medida acotada a China e India. Los altos niveles de rentabilidad alcanzados no tuvieron como destino nueva acumulación, sino que profundizaron el “exceso de ahorro” existente. Por eso “Michel Aglietta dice que nació un ‘régimen financiero con tendencia deflacionista’, que condujo al aumento de las inversiones especulativas. Los fondos de colocación financiera, pero también los bancos, se lanzaron en una fuga hacia adelante en operaciones cada vez más riesgosas con activos cada vez más ‘opacos’, es decir ficticios. Paralelamente, se asistió a la acumulación de excedentes comerciales y de reservas en divisas —principalmente dólares— por los países asiáticos, pero también por países que son grandes proveedores de materias primas. Estos excedentes fueron colocadas en bono del Tesoro y en acciones, en obligaciones privadas (entre ellas, los créditos hipotecarios). Los Estados Unidos pudieron dejar que se acumularan los déficit externos y financiar sus guerras al mismo tiempo que la administración Bush se permitía seguir bajando los impuestos. Pero los excedentes fueron también una fuente de la creación de ‘liquideces’ y de financiamiento de operaciones especulativas de alto rendimiento”<sup>31</sup>.

La burbuja inmobiliaria desarrollada desde 2000 fue subproducto de estas condiciones. Según *The Economist* fue la mayor de todos los tiempos, superando incluso la de 1929. Su estallido ya ha hecho que los precios de las casas cayeran un 5% de su punto más alto de 2005. Según la estimación de Moody’s, en el momento en que la burbuja inmobiliaria se desinfle completamente a principios de 2009, los precios de las viviendas habrán caído un 20% en términos nominales —incluso en términos reales—, de lejos la mayor caída en la historia norteamericana de la posguerra. En este marco, la crisis de insolvencia amenaza seguir extendiéndose. La política de la FED de fuerte intervención para salvar a las grandes instituciones financieras —a costa de “los plomeros estadounidenses”—, puede no ser suficiente. La perspectiva es un fuerte congelamiento del crédito. Lo que es seguro es que, como sostiene Brenner “así como el efecto riqueza positivo de la burbuja inmobiliaria impulsó la economía, el efecto negativo de la caída del mercado inmobiliario está empujándola hacia abajo. Con el valor de sus viviendas en bajada, las familias ya no pueden tratar sus casas como cajeros automáticos, y los préstamos a los hogares están colapsando, por lo que tienen que reducir su consumo”<sup>32</sup>.

#### 4. CRISIS, GUERRAS Y REVOLUCIONES

Nos dice Katz: “El contraste entre dos períodos históricos retoma una idea que postularon muchos marxistas de entre-guerra ¿Pero en la centuria posterior no ocurrió nada trascendente? ¿El capitalismo se mantuvo intacto

31.Ídem.

32.Brenner, op. cit.

desde esa fecha? [...] El contraste simplificado entre un período floreciente y otro decadente del capitalismo pierde de vista los rasgos del sistema, que han sido comunes a todas sus etapas”<sup>33</sup>. Katz rechaza que nos encontremos en una fase cualitativamente más convulsiva del capitalismo. Sin embargo, su planteo no pasa la prueba del agudo contraste entre el mundo capitalista del siglo XIX y el del siglo XX. Marx sólo vio las revoluciones de 1848 – donde la revolución proletaria derrotada en Francia se combinó con una revolución burguesa abortada en Alemania y con distintos levantamientos contra la opresión nacional (Hungría, Polonia, Italia, etc.)– y la Comuna de París. Las guerras que recorrieron el siglo XIX, como la guerra de Crimea, la guerra civil americana, la guerra Franco Prusiana, no tuvieron el alcance de las conflagraciones mundiales que atravesaron el siglo XX.

El contraste no podía ser más acentuado. La primera mitad del siglo comenzó con la revolución de 1905 y vio las dos guerras mundiales, la revolución bolchevique, el fascismo y el nazismo, la guerra civil española, múltiples procesos revolucionarios derrotados en Europa y Asia, y anteriormente la revolución mexicana en América Latina, por sólo nombrar algunos ejemplos.

La salida de la segunda guerra mundial estaría caracterizada por un nuevo auge revolucionario en los países beligerantes. Aún el período de estabilización en el centro capitalista que dio base material al resurgimiento del reformismo en los países europeos, sólo pudo lograrse gracias a la política del stalinismo de traicionar la revolución en Francia, Italia y Grecia, y de pactar la división del mundo con los imperialismos vencedores en Yalta. Y este mismo período fue el de mayor actividad revolucionaria en el mundo colonial y semicolonial. Aunque los países imperialistas centrales vivieron una situación de estabilidad comparada con el período anterior, el mundo semicolonial vio múltiples procesos revolucionarios, hasta que en 1968 vimos nuevamente una “ola revolucionaria” que, con distintos ritmos e intensidad, alcanzó cuatro de los cinco continentes. Como vemos el carácter convulsivo que caracteriza la época imperialista no fue superado.

El decir que “siempre hubo guerras y revoluciones” no da cuenta de la intensidad revolucionaria y contrarrevolucionaria del período histórico que abre la época imperialista. Cualquiera que compare los acontecimientos que sacudieron ambos siglos podrá ver que sostener que vivimos en una época de “crisis, guerras y revoluciones” se ajusta a la realidad de lo acontecido durante todo el siglo XX.

Katz intenta construir una historia del siglo XX y una visión de las tendencias contemporáneas que resulten tranquilizadoras, que sirvan de base para sostener que hoy no es necesaria la construcción de una organización revolucionaria ni prepararse para jugar ningún rol revolucionario. Al contrario, quiere convencernos que el camino del socialismo hoy pasa por el apoyo a los gobiernos “bolivarianos” y por elaborar y discutir sobre la futura perspectiva socialista.

33. Katz, “Los efectos...”, op. cit.



Sin embargo, las circunstancias no le están jugando una buena pasada con la crisis golpeando a la economía norteamericana. Además de las turbulencias financieras y las quiebras bancarias que empiezan a amenazar también a Europa, cada vez son más los síntomas de recesión en la economía norteamericana. En este marco, el mecanismo de endeudamiento creciente con el resto del mundo que alimentó el consumo norteamericano durante la última década ya no es sostenible. Como afirma un analista “la deuda más cargada de problemas es la deuda exterior, y el mayor deudor internacional *subprime* es el gobierno de los EE. UU. Está ahora endeudado con gobiernos extranjeros –que tienen en sus reservas títulos por valor de 2,5 billones de dólares– y con inversores privados –unos cuantos billones–, mucho más allá de su capacidad para devolver la deuda, y eso por no hablar de su disposición política a pagar. Por eso los extranjeros no aceptan ya los dólares de los que se deshacen los consumidores norteamericanos, por eso los inversores norteamericanos compran empresas extranjeras y por eso el ejército de los EE. UU. extiende sus bases por doquier”<sup>34</sup>.

El imperialismo yanqui no será un pasivo observador de este proceso, con las consecuencias que pueda tener para sus posiciones en el tablero geopolítico mundial. Todo lo contrario, buscará una reformulación en su beneficio de las relaciones imperantes entre las distintas naciones, y especialmente agravará su presión en Latinoamérica. En este marco de crisis, alentar como Katz expectativas respecto de las mejoras posibles de la mano de las políticas redistribucionistas que puedan encarar los Estados que reivindican el “socialismo del siglo XXI” como Venezuela o Bolivia, es ir a contramano de las tendencias que marca la situación mundial, y no prepararse para intervenir con todo en un momento en que la decadencia de la hegemonía norteamericana y la crisis económica pueda abrir una dinámica que tienda nuevamente a la generalización de las “crisis, guerras y revoluciones”.

## RIEZNIK: EL “CATASTROFISMO” A LA DEFENSIVA

Por su parte, Pablo Rieznik ha vuelto a intervenir en la polémica. Pero esta vez, más allá de la terminología, no encontramos la defensa decidida de un catastrofismo “inminente”. Efectivamente, el polemista ha tenido que retroceder en los puntos centrales en que se apoyaba “Defensa del catastrofismo”.

### I. INMANENCIA E INMINENCIA

El primer cambio de importancia es que la conciencia “catastrofista” ya no se presenta como “concebida como inminencia de la revolución”<sup>35</sup> según señalaba en su primer artículo y aunque ahora lo niegue. Tampoco cita aprobatoriamente

34. Hudson “Para salvar la economía hay que sacrificar el Imperio”, *Sin Permiso* N° 2, 25/05/08.

35. Rieznik, “En defensa del catastrofismo”, op. cit.

a Ciro Mesa cuando éste afirma que los escritos de Marx “se encuentran atravesados por el pensamiento de que la revolución está a la vuelta de la esquina”<sup>36</sup>. Todo esto se encuentra completamente matizado, y se aclara que la catástrofe es una perspectiva histórica. Por supuesto que mientras que retrocede en este punto, sigue sin tomar nota de los problemas de autodefinirse como catastrofista<sup>37</sup>.

El catastrofismo es más común en concepciones políticas que históricamente chocaron con Lenin, Trotsky y otros marxistas revolucionarios. De hecho fueron algunas corrientes consejistas (por ejemplo el grupo organizado por Paul Mattick) quienes fundaron en distintas variantes de “catastrofismo” su estrategia política y lo pusieron en el centro del debate. La preeminencia de los factores objetivos que conducían a la catástrofe estaba acompañada de una subvaloración de toda tarea preparatoria: si el capitalismo está siempre bordeando la catástrofe, y cada crisis es una crisis final (una crisis de la que debido a sus propias contradicciones la burguesía no pueda recuperarse y se acabe el sistema capitalista), entonces las tareas preparatorias son secundarias, solamente hay que esperar que ese momento llegue.

No es lo mismo sostener una perspectiva catastrófica para el capitalismo contemporáneo que ser “catastrofista”. El catastrofismo es una caricatura de esta posición. Y por supuesto, esta caricatura no se condice con los hechos. Por eso es común un giro abrupto de 180 grados, como el protagonizado por Katz del catastrofismo a un ferviente anticatastrofismo. Esto le sucedió a muchos “catastrofistas”. Nosotros ya remarcamos en nuestro artículo, que “el catastrofismo tampoco es en sí mismo reaseguro de ninguna posición revolucionaria. [...] No se puede olvidar que el propio Kautsky hizo suya esta teoría e incluyó la idea del declive económico y del derrumbe en el Programa de Erfurt. Pero en Kautsky, esta noción va acompañada sin fisuras por la convicción de que el eje de la lucha política del proletariado pasa en lo inmediato no por destruir el Estado burgués y establecer la dictadura del proletariado, sino por la acción parlamentaria”. Hasta Rieznic reconoce que “en la polémica original sobre el tema quien la revisaba [a la tendencia al derrumbe N. de R.] (Bernstein) llegaba a conclusiones no revolucionarias sino reformistas y quien la reivindicaba (Kautsky)... también”. También Bujarin defendía una teoría catastrofista, apoyada en definiciones tan certeras como esta: “La sociedad capitalista es una ‘unidad de contradicciones’ El proceso de movimiento de la sociedad capitalista es un proceso de continua repro-

36. Ídem.

37. De hecho es interesante notar que algunos miembros del CRCI, agrupamiento internacional del Partido Obrero, como Savas Michael-Matsas, consideran en polémica con el PCL, que sus diferencias “no puede minimizarse o caricaturizarse como un choque entre ‘catastrofistas’ y ‘realistas’” (“Notas críticas al documento internacional”, *En Defensa del Marxismo* N° 35, marzo 2008). Parece que el “catastrofismo” no es muy bien visto ni en el seno del agrupamiento internacional del PO.

ducción de las contradicciones capitalistas. El proceso de reproducción ampliada es un proceso de reproducción ampliada de esas contradicciones. Y si es así, es evidente que dichas contradicciones harán estallar todo el sistema capitalista en su conjunto”<sup>38</sup>. No encontraremos nada más concreto que esta suma de contradicciones como base para asentar la perspectiva catastrofista. Se comprende que luego de sucesivas derrotas haya abandonado este catastrofismo superficial y pegado un giro abrupto para pasar sin transiciones a ubicarse a la derecha. Aunque una visión mejor fundada sobre las tendencias catastróficas del capitalismo no necesariamente detendrá a quienes imiten estos abruptos giros oportunistas, sin duda permitirá un mejor combate contra los mismos.

Rieznik revisa los postulados originales, abandona el catastrofismo “inminente”, pero no avanza en problematizar estos aspectos. Si como él mismo sostiene “el valor de toda la polémica es aportar a la formación política y teórica de la nueva generación”<sup>39</sup>, tenemos que decir que se queda a mitad de camino.

## 2. DEL DERRUMBE AL CICLO VITAL

Otro punto que Rieznik se ha visto en la necesidad de revisar es la dialéctica histórica que media en el “derrumbe” capitalista. Ha tenido que incorporar una noción de ciclo vital. Le plantea a Katz: “No comprende de este modo, que los rasgos del sistema ‘inherentes al capitalismo’ son los que conducen a su... decadencia, de la misma manera que los ‘rasgos comunes de la vida’ (respirar, comer, defecar) conducen de la niñez a la senilidad... y siguen siendo ‘comunes’ en ambos extremos. ¿Cómo va a ser imposible, entonces, distinguir la etapa floreciente o de decadencia de un ser vivo porque se perderían entonces los rasgos comunes de su vida?”<sup>40</sup>.

Ha pasado del colapso “inminente” y siempre insuperable del capitalismo, a reconocer la dinámica de declinación capitalista. Esta es una noción que nosotros hace mucho tiempo hemos tomado de las elaboraciones de Trotsky sobre el desarrollo capitalista para abordar las complejidades de la dialéctica histórica. El catastrofismo que sostenía en el primer artículo, que no hacía más que señalar abstractamente una tendencia definida por la acumulación capitalista y volverla “inminente”, confundiendo tendencia y realidad inmediata, no le servía para explicar la realidad.

Esto es característico de toda la literatura del Partido Obrero sobre este tema. Ni siquiera en los artículos de *En defensa del marxismo*<sup>41</sup>, donde se desta-

38. Bujarin “El imperialismo y la acumulación de capital”, citado por Grossmann, op. cit., p. 34.

39. Rieznik, “Catástrofe...” op. cit.

40. Ídem.

41. Heller, “Tasa de ganancia y descomposición capitalista”, *En Defensa del Marxismo* N° 30, mayo 2003.

ca el rol de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia como ley fundamental del capitalismo (cosa que como se deduce de nuestro artículo compartimos), establecen una relación clara de esta ley con las crisis catastróficas del capitalismo. El “derrumbe” cíclico de la economía (que por definición no es un derrumbe) queda confundido con la tendencia general: “La **decadencia** o **tendencia decreciente** de la tasa de ganancia” [negritas nuestras], dice Rieznik, entendiendo que son sinónimos. Parecen olvidar que ya Marx en su tiempo, refiriéndose a la ley tendencial a la caída de la tasa media de ganancia decía “la dificultad que se nos presenta no es ya la que ha ocupado a los economistas hasta el día de hoy la de explicar la baja de la tasa de ganancia sino la inversa: explicar por qué esa baja no es mayor o más rápida”<sup>42</sup>. Es por eso que Marx realiza un análisis profundo de los factores contrarrestantes, y es por eso también que para los marxistas posteriores tuvo siempre mucha importancia el análisis de los cambios que el desarrollo de estos factores contrarrestantes tiene en la fisonomía del capitalismo.

Rieznik tuvo que matizar un esquema de análisis que no se interrogaba sobre el rol creciente de los factores políticos en la etapa de declinación capitalista, incluso en la dinámica económica, y de las consecuencias para la política revolucionaria. El catastrofismo no puede señalar más que abstracta y deshistorizadamente los límites históricos insuperables del capitalismo. Cuando debe dar cuenta de la dialéctica histórica, y los cambios producidos en el capitalismo —que como mostramos en la discusión con Katz no alteraron la naturaleza de la etapa imperialista— el catastrofista no puede más que balbucear generalidades.

### 3. CATASTROFISMO Y ESTANCACIONISMO

Sin embargo el reconocimiento de la existencia de un ciclo vital capitalista no parece haber implicado una superación de la visión estancacionista que caracteriza al Partido Obrero desde los tiempos en que estaban en una misma organización con el dirigente francés, recientemente fallecido, Pierre Lambert. El Partido Obrero nunca atinó a dar una respuesta superadora a la falsa dicotomía que separó a los trotskistas en la posguerra, que se dividió en dos posiciones opuestas, e igualmente incorrectas: los estancacionistas, que sostenían que a la salida de la posguerra seguían sin resolverse todas las contradicciones que condujeron a la misma y que las fuerzas productivas mantenían estancado su desarrollo. Y frente a ellos, los que sostenían que el triunfo de los aliados, y la recuperación del capitalismo occidental con la ayuda norteamericana, un nuevo “pacto” con la clase obrera en los países de Europa occidental y EE.UU., y las formas de intervención económica regulacionistas, abrían una nueva época para el capitalismo. Aunque ambas

42. Marx, op. cit.

posiciones tuvieran puntos de apoyo, eran profundamente equivocadas. En este punto el Partido Obrero nunca rompió con el lambertismo, que defendía una visión estancacionista sin hacer caso a los elementos que permitieron el crecimiento de la posguerra. Por eso aún hoy Rieznik no puede dar una respuesta acabada a esta cuestión fundamental. No haber logrado una caracterización satisfactoria de la economía capitalista desde el *boom* de posguerra es un factor que alimenta la crisis de la teoría marxista. La respuesta a este problema no puede ser utilizar, como hace el Partido Obrero y que Rieznik no critica, solo con la letra del *Programa de transición*, que afirmaba que las fuerzas productivas de la humanidad estaban estancadas. Transforman una caracterización histórica del momento en que el capitalismo marchaba a la segunda guerra mundial en una definición para toda época. No tomaron nota de las negaciones parciales que sufrió esa caracterización en las primeras décadas luego de finalizada la guerra.

Los elementos que explicamos a lo largo de este artículo —que se apoyan en la dedicación que nuestra corriente le puso al análisis de las causas que explicaron la recuperación de posguerra y sus alcances, además de la publicación de los artículos de Trotsky sobre la naturaleza y dinámica del capitalismo— son difíciles de abordar para los catastrofistas. El Partido Obrero considera una cuestión fundamental sostener la imposibilidad de todo desarrollo —siquiera parcial— de las fuerzas productivas para sostener la actualidad de la revolución.

Pero no era así como Trotsky encaraba la cuestión. Planteaba en 1925: “Me parece que el defecto principal del informe del camarada Varga es la naturaleza abstracta, no sólo de la exposición, sino también de su contenido. Él planteó esta cuestión: están desarrollándose o no las fuerzas productivas del capitalismo; y tomó en consideración la producción mundial de los años 1900, 1913 y 1924 calculada para Norteamérica, Europa, Asia y Australia. Sin embargo, esto no es relevante para resolver la cuestión de la estabilización del capitalismo. No se puede medir la situación revolucionaria en esta forma. Se puede medir la producción mundial, pero no la situación revolucionaria, porque la situación revolucionaria en Europa, en las condiciones históricas actuales, está determinada en un grado importante por los antagonismos entre Europa y Estados Unidos, y dentro de Europa misma —interrelaciones entre la producción alemana y la inglesa, la competencia entre Francia e Inglaterra, etc. Como mínimo, las bases económicas de estos antagonismos determinan la situación revolucionaria en una forma inmediata. Que las fuerzas productivas han crecido en los EE. UU. en los últimos 10 años está fuera de toda duda. Tampoco podemos cuestionar el hecho de que las fuerzas productivas en Japón han crecido durante la guerra y están creciendo ahora. También crecieron y continúan creciendo en la India. ¿Y en Europa? En Europa, no están creciendo ni en general ni en su conjunto. Por lo tanto la cuestión

básica se resuelve no calculando la producción, sino por medio de un análisis de los antagonismos económicos”<sup>43</sup>. Para Trotsky no solo es relevante la costatación abstracta de la tendencia al estancamiento, sino sobre todo, los antagonismos entre las principales potencias económicas. Y el pronóstico relativo al estancamiento de las fuerzas productivas no tenía un carácter suprahistórico, sino que podía ser negado, al menos parcialmente, si el capitalismo no era derrocado por la revolución.

Esto es importante por sus implicancias en la actualidad. Como ya señalamos a mediados de los ‘70, el capitalismo agotó definitivamente el período abierto con el *boom* de posguerra entrando en una fuerte crisis de sobreacumulación. Distintas políticas le permitieron recuperar parcialmente los niveles de ganancia, e incluso algunos años de fuerte crecimiento en algunos países, pero sin despejar el horizonte de crisis catastrófica. Si es importante destacar este horizonte para desmitificar las ilusiones que reiteradamente generan los apologistas del capitalismo, de que se está a las vísperas de una nueva época sin crisis –como afirmaban en su momento respecto de la “Nueva Economía”–, los elementos que lo retardan también merecen ser abordados y explicados por los revolucionarios. Dar cuenta de las formas en que el capital ha venido logrando postergar una crisis aguda y generalizada, de la cual ahora vemos los primeros episodios que la tornan crecientemente probable, es la mejor forma de combatir a los evolucionistas y reformistas de todo tipo. En última instancia, esos mismos mecanismos retardatarios, cuando la crisis finalmente estalle, seguramente harán que tenga características más agudas. Conocer las “armas” del capitalismo permite que los revolucionarios nos preparemos para actuar en las catástrofes.

|Email: [estebanmercatante@gmail.com](mailto:estebanmercatante@gmail.com)|  
|[martinnoda@gmail.com](mailto:martinnoda@gmail.com)|

43. Trotsky, “Sobre la cuestión de la ‘estabilización’ de la economía mundial. Discurso del camarada Trotsky sobre el informe del camarada Varga”, 1925, en *Naturaleza y ...*, op. cit.